

**Dña. Luisa de Carvajal y Mendoza:
Valladolid y Londres, 1601-1614*.**

George Hills
Historiador y escritor

* Este estudio se basa en el manuscrito de la correspondencia de Luisa de Carvajal y Mendoza, conservado en el Archivo General de Indias, Legajo 1001, y en el manuscrito de la correspondencia de Luisa de Carvajal y Mendoza, conservado en el Archivo General de Indias, Legajo 1001.

* Conferencia pronunciada por el Doctor George Hills, el viernes 10 de noviembre de 1989 en el Aula Triste del Palacio de Santa Cruz, Universidad de Valladolid, durante el Seminario Internacional celebrado allí con motivo del cuarto centenario del Real Colegio de San Albano de los Ingleses.

En Mayo de 1601, llegó una señora de 35 años a habitar una casita contigua a la iglesia del Colegio de los Ingleses en esta ciudad. Esta señora, llamada Doña Luisa de Carvajal y Mendoza, había tenido que venir de Madrid a Valladolid con la Corte en febrero para proseguir un pleito que había puesto a los albaceas del testamento de su padre. Este le había legado cierta suma para dote en el caso que quisiere ser monja, y siete veces dicha suma si quisiese casarse. No quería casarse. Había hecho voto de virginidad, y también de pobreza, pero no quería ser monja. Durante años con doctos argumentos en pro y en contra de que si en estas circunstancias le correspondía la mayor o la menor suma se había demorado la resolución del pleito. Insistía ella en que tenía derecho a la mayor suma porque quería dedicarla 'a la mayor gloria de Dios' en la fundación de un convento o algo parecido.

Detrás de su mudanza en mayo desde el centro de la ciudad a la casita al lado del Colegio de los Ingleses había otro deseo. En 1582 cuando tenía 16 años, o a más tardar en 1583, había leído en la casa de su tío, Francisco Hurtado de Mendoza, Marqués de Almazán y en aquel entonces virrey de Navarra, el texto de la carta de su pariente Bernardino de Mendoza, embajador en Londres, a Felipe II con la relación del martirio de San Edmundo Campion y compañeros sacerdotes y legos el 1 de diciembre de 1581. Tal fue el efecto que esa relación tuvo en ella que, en sus propias palabras:

"Empecé a tener grandes deseos de martirio, y representábame Inglaterra, pareciéndome que si me hallara en ella me fuera de los grandes consuelos que pudiera tener y casi haberme reducido al estado de la primitiva iglesia... y pensaba mucho en como venir en esta tierra, con un afecto muy grande..."

(Escritos autobiográficos pág. 189)

La idea, dice ella en sus notas biográficas, 'fue echando raíces casi sin conocerla yo'. Regó la idea, por así decirlo, la lectura en 1595 del libro del Padre José Creswell (superior de los jesuitas ingleses en España) sobre la vida y martirio de San Enrique Walpole, ex-vice-rector del Colegio de los Ingleses en esta ciudad. Floreció la idea en 1598 en estas palabras escritas por Doña Luisa:

"Yo, Luisa de Carvajal, lo mas firmemente que puedo, con estrecho voto prometo a Dios Nuestro Señor que procuraré cuanto más me sea posible, buscar todas aquellas ocasiones de martirio que no sean repugnantes a la ley de Dios".

(Escritos pág. 245)

La relación del martirio del Beato Tomás Hunt y de su compañero en la horca, Tomás Sprott, le llegó el 27 de enero de 1601, es decir, unos pocos días antes de su llegada a esta ciudad. Tomas Sprott era ex-alumno del seminario de Douai y Tomas Hunt ex-alumno del Colegio de aquí.

Cuando niña, Luisa había pasado algunos años en palacio, y una de sus compañeras de juego había sido la infanta Isabel Clara Eugenia. La infanta era ahora Archiduquesa de Flandes. Otra de sus compañeras, Magdalena de San Jerónimo, estaba al servicio de la Archiduquesa. Al parecer Magdalena no estaba muy a gusto en Flandes. En una carta a ella Luisa trata de animarla:

La vecindad de Inglaterra y la vivienda de Flandes son más para envidiar que para evitar, y bonísimas para el espíritu y bonísimo para lo temporal... Muy cierta estoy de que ayudará V.M. cuanto pudiese, y hará cualquier buen oficio con sus Altezas en favor de los católicos ingleses y seminarios... yo me imagino que es uno de los mas aceptos servicios que se hace a Nuestro Señor el ayudarlos y consolarlos y animarlos...

(Epistolario carta 4/2 y 3)

No es sorprendente por lo tanto que poco después de llegar a Valladolid Luís abandonara el centro de la ciudad y la Corte, y se mudara a la casa que en aquel entonces existía al lado izquierdo de la Iglesia de San Albano. La mudanza era como un paso hacia el país que ofrecía las mayores oportunidades de martirio.

Todos los días Luisa iba a misa y comulgaba en esa iglesia. Adquirió una especial devoción a la Virgen Vulnerata. Alegrísima le escribe a su amiga Magdalena:

Ayer pasaron por mi puerta, recién llegados seis mozos, bien dispuestos todos ellos, de edad de veinte hasta veinticuatro años, que venían al seminario de aquí. Es cosa maravillosa la alegría que traen entre tanta descomodidad y desamparo; que vienen a pie y solos y pobres... y pocos días ha, vi venir otros seis de la misma manera, aunque eran de menor edad y algunos harto pequeños.

(Epistolario 8/3)

En abril del año 1602 vino a verle el padre ministro del colegio, Richard Walpole, (hermano del mártir Enrique), para pedirle alojamiento para cinco jóvenes inglesas provenientes de Inglaterra y con destino al Convento das Inglesinhas en Lisboa. A Luisa las chicas le parecieron 'unas angeles', y trató sin éxito de persuadir las a quedarse un mes o más con ella.

En las 26 cartas autógrafas que Luisa escribió durante su estancia aquí y que han llegado hasta nuestros días, hay referencias a los padres Roberto Persons, Antonio Hoskins, Jose Creswell, Juan Floyd, Juan Blackfan, y los tres hermanos de San Enrique Walpole -Ricardo, Miguel, Cristóbal- en términos que comprueban que entre ellos y ella había gran amistad y respeto mutuo. No menciona los nombres de los rectores españoles. Su interés desde luego era ayudar a los ingleses, y cuanto antes en Inglaterra.

Tuvo que tener paciencia. No fue hasta mediados de 1604 cuando hubo indicios de que la resolución definitiva del pleito no tardaría más que unos meses más. Entonces uno de los sacerdotes ingleses -probablemente Miguel Walpole- le sugirió dos cosas. La primera fue que hiciera los ejercicios espirituales sobre elecciones -es decir aquellos que señalan cómo hacer un examen profundo de las motivaciones detrás de los deseos de una persona de hacer esto o lo otro, y cómo llegar a elegir la línea de conducta o proceder más de acuerdo con la mayor gloria de Dios y no de la persona.

Al llegar Luisa a la conclusión de que su vocación en verdad era ayudar a los católicos perseguidos en Inglaterra se le sugirió que pusiera su conclusión personal a prueba, consultando a varias 'personas doctas'. Así lo hizo. Luis de La Puente que en aquella época estaba preparando aquí en Valladolid su famosa *Guía Espiritual*, le dijo que 'él no se atravesaría a aconsejar que hiciera la jornada, pero muchos menos a que se dejase de hacer'. Lorenzo da Ponte, de los Clérigos Menores, se lo permitió después de un extenso examen de sus motivaciones. Ninguno de los consultados le prohibió el viaje. (Escritos biográficos 6).

Por fin en agosto (de 1604) el Consejo Real le adjudicó a Luisa 19.000 ducados del mayorazgo de su padre. Acto seguido su hermano Alonso le puso pleito reclamando la mitad de esa suma. Este pleito se resolvió al proponer Luisa la devolución de 5.000 ducados al mayorazgo. Sobrevino entonces otro obstáculo más al viaje a Inglaterra: le tocó una enfermedad gravísima. El 22 de diciembre redactó y firmó un documento en el que declarando que años antes había hecho 'voto y promesa firmísima' de que emplearía 'toda la hacienda que le tocare... en solo la mayor gloria y servicio de Dios', dispuso que los dineros que le habían adjudicado, fuesen para 'una casa de noviciado de los religiosos de la Compañía de Jesús ingleses, en cualquier reino o provincia del mundo que al padre Roberto Persons le pareciere de más gloria de Nuestro Señor'. Con el beneplácito del Propósito General de la Compañía, Claudio Aquaviva, este noviciado se estableció rápidamente en Lovaina.

Luisa salió de Valladolid el 27 de enero de 1605, todavía no recuperada totalmente de su enfermedad. Partió acompañada por una señora, ambas en machuelos, dos mozos -para conducir los animales y cuidarlos- y una escolta de tres caballeros, uno de ellos al parecer el padre Miguel Walpole. El grupo pasó por Burgos, Azpeitia (para visitar la casa natal de S. Ignacio), San Sebastian, Bayona, Paris y St. Omer, donde había un colegio y seminario de ingleses. Llegaron allí a fines de abril. Desde los vericuetos de Vizcaya casi hasta Paris les tocó (dice Luisa en uno de sus escritos autobiográficos) 'riguroso tiempo de nieve, aire y agua'. Por ello habían tardado tanto tiempo.

Al salir de Valladolid las noticias de Inglaterra eran que si bien las leyes penales contra los católicos seguían vigentes, no se estaban aplicando con mucho rigor. En St. Omer recibieron las noticias de que el Parlamento había no sólo confirmado las leyes de Isabel I -el castigo por decir misa la muerte, por albergar a un sacerdote igual etc.- y aumentado las multas a quienes re-

husaban de asistir a los cultos protestantes. Por lo tanto el padre Walpole insistió en escribir al padre Persons en Roma preguntándole si era prudente que Luisa continuara el viaje a Inglaterra. No había llegado la respuesta cuando vino de Inglaterra un emisario del padre Enrique Garnet, el superior de los jesuitas en Inglaterra, para llevarla a Luisa cuanto antes al otro lado del Canal de La Mancha.

Luisa tenía 'una extraordinaria aversión a entrar en agua', incluso en un barquito que la llevó río abajo de St. Omer a Calais. Fletó un barco y aterrizó en Dover en la madrugada del 3 de mayo, según el calendario gregoriano -un día muy apto siendo la fiesta del descubrimiento de la Santa Cruz por la princesa británica Santa Elena- el 23 de abril según el juliano, que seguía en vigor en Inglaterra para no obedecer ningún decreto papal, incluso uno como éste basado en cálculos -científicos- 23 de abril, fiesta del santo patrono de Inglaterra.

Fue conducida rápidamente a una casa cerca de Enfield, un pueblecito a 15 kilómetros al norte de la ciudad de Londres -una casa alejada de todo camino real y a la orilla de un bosque. Vivían en ella varias personas, y podían refugiarse allí a la vez hasta 14 sacerdotes. A Luisa le encantó este centro misionero clandestino y dice de él que era:

"como un ameno paraíso entre fragosas selvas de fieras. Las misas eran muchas. La capilla con lindo aderezo.. y la música de diversas voces e instrumentos en extremo acordadas -y esas mismas tras las comidas y cenas, con espirituales y sentidos motetes dileitaban él animo".

Al mes y medio de estar en este 'paraíso', llega la noticia de que la casa había sido descubierta y estaba a punto de ser asaltada. Sus residentes se dispersaron, (cito a Luisa) "unos por los campos, otros por los ríos, y (yo) vistiéndome a prisa". Luisa estaba otra vez enferma. Las señoras la llevan en coche a un mesón en pleno Londres y de allí a una casa donde oyen misa.

Siguen varios meses en que las inglesas y ella tienen que mudarse repetidamente para no caer presas, y en noviembre ocurre lo que en la historia de Inglaterra se llama 'la conjuración de la pólvora'. Sobre esta conjuración ideada por un pequeñísimo grupo de caballeros católicos y desarrollada por 'provocadores' interesados en intensificar la persecución se han escrito muchos libros. La mayor consecuencia del acontecimiento para Luisa fue que algunos de sus amigos y amigas le aconsejaron que se marchara del país. La respuesta a la carta a Roma del padre Walpole ya había llegado: Persons había mostrado esa carta al Papa, y el Papa había aprobado el viaje a Inglaterra ya efectuado. Luisa escribió de nuevo al padre Persons y al P. Luis de la Puente -¿Debería marcharse o no? y fue a saludar al Embajador de España en Londres don Pedro de Zúñiga. El la convenció de que de momento por lo menos debía quedarse en la Embajada.

Desde la embajada escribió varias cartas a Flandes y España con detalles de la captura, proceso y muerte del padre Garnet y otros religiosos, entre ellos el coadjutor Ralph Ashley que había sido panadero en el Colegio de los Ingleses. Cita el caso de un católico a quien los tribunales multaron con 50.000 ducados (una cantidad cuyo valor adquisitivo era equivalente a 5 millones de libras de hoy, o sea 1.000 millones de pesetas), por no asistir al culto protestante.

A pesar de los consejos del Embajador, en Febrero de 1606 empieza una actividad que continuaría durante los siguientes siete años, visitar a los presos. Sobre la primera vez escribe a Flandes:

Yo fui la semana pasada a una (cárcel) do hay seis (sacerdotes); y luego, sin dificultad, dando un golpe a la puerta de la calle, vino el carcelero, que lo oye desde su casa, que es allí junto; y, con un real que le da cada uno, abre la puerta con gran gusto; y luego torna a cerrar y se va, hasta que se da otro golpe para salir. Yo fui derecha, sin ruido ni ver gente, a la sala donde los seis tenían su estancia, y otros católicos que conocía; y estuve una hora o más, y me volví con harto consuelo con mis dos inglesas que fueron conmigo, y yo con mascarilla, sin quitarla nunca.

(Epistolario 40/3)

y luego en junio otra vez a Flandes:

El otro día hallé una señora que estaba (prisionera) harto, en Bridewell, cerrada en una camarilla, sin que nadie la pudiese hablar ni ver, y bien pobre; y su marido en la Torre, por sólo haber (tenido) un padre o sacerdote en su casa, aunque no le pudiesen coger en ella ni fuera. A esta di la limosna que a los religiosos o sacerdotes, aunque no entendí entonces, como después lo se, que la tienen en gran necesidad puesta. Y hallé también un mancebo, maceando en los linos o paños que allí hacen; cosas de gran trabajo; y ponen en ellos a los católicos por ablandalles el ánimo. Este decía que, aunque más le hicieran moler, no creyesen de el que iría a las iglesias; dile también (limosna) como a padre. Y en estando mejor, acabará de visitar todas las prisiones, que son creo seis o siete o más, donde hay sacerdotes y católicos legos, por la fe. En la Torre no hay entrar ni tratar de nada que toque a ella, sin gran inconveniente por ahora de todos.

(Epistolario 54/5)

A fines del año el Embajador consintió que buscara casa propia. La encontró en la misma calle y acera de la embajada. Era, Luisa dice, 'una casita... muy cercada de protestantes... como para muñecas los aposentos de ella'. Tomó a su servicio una pareja, de apellido francés, recién excarcelados, para la mayor seguridad de ella y dos compañeras inglesas. Continuó visitando a

los presos. El 25 de febrero (calendario juliano) o 7 de marzo (calendario gregoriano) de 1607 encontró en una cárcel a Roberto Drury, ex-alumno del Colegio de los Ingleses:

"... gasté gran rato hablando con él, que lo hacía en español muy bien, y mostrábame gran amor y más que a nadie de cuantos le venían a ver; y yo procuré dilatalle y confirmalle tan fuertemente cuanto me fue posible en que no se dejase vencer de las bravas persuasiones que le hacían, para que siquiera hiciese el último juramento que ahora un año hicieron en el Parlamento, en que otros se han dejado vencer..."

(Epistolario 78/4)

Dos años después de llegar a Inglaterra ya hablaba inglés, no muy bien, confiesa, pero lo suficiente bien para conversar con los presos. A veces asistía a las misas que los sacerdotes decían en las cárceles clandestinamente (Epistolario 81/3 y 5, 82/6, 96B/6). En el Clink llegó a tener una larga discusión con el arcipreste Jorge Blackwell que había sido nombrado en 1598 por el Papa director de los sacerdotes seculares en Inglaterra, pero que ahora, a pesar de Breves papeles en contra, sostenía que era aceptable el juramento de fidelidad al Rey aprobado por el Parlamento en 1606 (88/3, 92/9). Más grata le fue a Luisa el conversar con el beneditino Jorge Gervase en Gatehouse días antes de su martirio el 21 de abril de (1608), y varias veces en abril y mayo del mismo año con dos ex-alumnos del Colegio de los Ingleses. Uno de ellos era Tomas Garnet, jesuita, que había hecho su noviciado en la casa que Luisa había ayudado a fundar en Lovaina, y además era sobrino del mártir Enrique. El otro era Juan Roberto, uno de los ex-alumnos que se marcharon del Colegio de los Ingleses a San Benito el Grande. Lamentó mucho no haber podido visitar a Tomas Garnet en vísperas de su martirio el 3 de julio, pero le escribió una carta y recibió contestación y luego reliquias.

No pudo visitarle porque el Embajador Don Pedro de Zúñiga había enviado a Luisa y sus compañeras, Ana y Fe, a su casa de campo en Highgate, y Highgate está a un par de leguas de la ciudad de Londres. La razón de este alejamiento de Londres la relata Luisa en no menos de seis cartas a sus amigos y parientes en España. La historia, en resumen, es la siguiente:

El sábado 27 de febrero (1608) fueron Luisa y Ana a Cheapside, el centro comercial de la ciudad a comprar Holanda. Los mostradores de las tiendas daban a la calle, y portanto no había necesidad de entrar. Le preguntó al mozo dependiente que le servía si una chica que estaba a su lado era su hermana. Al contestar él que era 'su hermana en Cristo', Luisa le preguntó si era católico. El respondió *God forbid!* Acto seguido, ella entabló una conversación con mercaderes y transeuntes. Durante un par de horas habló sobre la misa, el sacerdocio, la confesión, la sucesión apostólica, la supremacía del papa, etc... pero cometió Luisa un error

al insinuar que Jacobo I tenía más derecho al trono que Isabel I. Jacobo, por ser escocés, no era santo de la devoción de los mercaderes de Londres. Luego alguien insistió en que el padre Gervase era un traidor y Luisa que era mártir.

Al hablar con tanto conocimiento de la religión, algunos de los que la escuchaban llegaron a la conclusión de que Luisa era un sacerdote en hábito de mujer, y además, en vista de su acento que era escocesa. Quince días después fue otra vez de compras a Cheapside, esta vez con Ana y Fe. Varios mercaderes les siguieron, uno de ellos trajo un alguacil que les pidió a las tres acompañarle al juez de paz.

El juez le interrogó durante varias horas. Empezó por preguntarle su nación, nombre y casa, porqué había venido a Inglaterra. Luego le hizo preguntas sobre sus creencias religiosas y lo que había dicho en la conversación con el mozo y los mercaderes. Le preguntó si sabía Luisa "cómo en España ponían a la muerte a los ingleses que resistían la fe de aquel reino, y si no era justo que también los españoles muriesen en Inglaterra por lo mismo" - pregunta a la que Luisa no contestó nada.

El juez mantuvo a Luisa y compañeras en su casa hasta que una chusma de unas doscientas personas vociferando contra ellas a la puerta se fueron a casa. A las doce de la noche le dió órdenes a su secretario que las condujera a la cárcel. El carcelero la llevó a uno de los aposentos de su mujer. Esto fue por la noche de un sábado y domingo, 10-11 junio. El embajador la rescató el miércoles 14, pagándole al carcelero 400 reales (200,000 pesetas), y las envió a Highgate.

En una carta a España el 28 de agosto se refiere al 'notable consuelo' que era para ella visitar a los presos católicos y lamenta que le habían prohibido sus 'superiores espirituales' (en ese momento los capellanes de la Embajada) visitar las cárceles al recibir en la Embajada aviso de una orden secreta de detenerla en la primera cárcel que entrase porque 'persuadía (a los presos) fuertemente para que no se rindiesen a la voluntad del rey en el juramento y cosas de religion'. En tono retador añade 'pero yo voy, y nadie me dice nada'. viaja a menudo por lo tanto desde Highgate hasta la ciudad, ida y vuelta cuatro leguas a pié. El padre Roberts se había escapado, pero había nuevos presos en Gatehouse, Newgate y las demás cárceles.

Hacemos ahora un salto cronológico al mes de diciembre de 1610. Don Pedro de Zúñiga se ha marchado. En su lugar está Don Alonso de Velasco - una persona que según Luisa no tenía 'el despejo, desembarazo, valor o gracia que Don Pedro en tratar con el Consejo del Reino o cualquiera'. (Epistolario 115/7).

Luisa tiene ahora casa en Spitalfields (?), extramuros de la ciudad, una casa con altos muros y cerca de las casas de los embajadores de Flandes y de Venecia. Al padre Roberts le han hecho preso otra vez -la sexta o séptima desde su llegada a Inglaterra en 1602, pero esta vez *in flagrante delicto* diciendo misa, delito que llevaba la pena de una muerte atroz. Cuando llegaron

los oficiales del Tribunal a llevarle a él y a un sacerdote secular llamado Tomás Somers a oír la sentencia única que podían esperar, Luisa estaba con ellos. El testimonio de ella es emocionante:

"... temblaba tanto el Padre Roberts que no se podía atar las trenzas ni abotonar las mangas de su fusión. Díjome: "mire como tiemblo y respondí yo que me hacía acordar del Gran Capitán que temblaba mucho armándose y decía que sus carnes temían su corazón. El se rió y abajó la cabeza como agradeciendo mi buena opinión..."

(Epistolario 121/4)

Sigue Luisa con su testimonio:

"Cuando volvieron, no los trajeron a Justisal, que es el lado do están los presos por la sante fe, sino al otro, do están homicidas y ladrones. Y para consolarme y consolarlos, que es fuerte paso mirado de cerca, procuré, por no sé cuántos reales, que el carcelero me dejase ir allá... Y aún más favor; que fue, dejármelos traer a do los demás estaban, de noche, algo tarde, por una puertecilla secreta... Venía con cuidado el padre Roberts de que yo no cayese por las escaleras, no fáciles, y dos de mis compañeras que me habían seguido, con otras dos amigas de la ciudad. Abajo hallamos no pocas personas que venían a visitar los santos mártires. Toda la sala llena se alegró de verlos bajar allí. Sentáronse a cenar cuantos cupieron, que eran más de veinte... Yo tomé la cabecera; lo cual, hasta aquella última cena, no quise hacer; y fue, por confortarme con la cercanía de los dos mártires, que estaban a mis dos lados, bien fuera de comer ni aún un bocado; parecíame imposible. Estaba llena la mesa de alegría y devoción, y yo, sumida en un profundo pensamiento de los que tenían adelante, que me representaba vivísimamente la última cena de Cristo Nuestro Señor... Díjome el padre Roberts, "No ve como estoy aquí demasiado de alegre, desedificándolos? No sería mejor el irme a tener oración a un rincón de esos?" Y decíale yo que no, por cierto: que no podía haber mayor ejemplo que estarle viendo con tan notable ánimo y resolución de morir por Cristo".

Al día siguiente de este extraordinario *ágape*, colocaron en la horca de Tyburn a ocho ladrones a cada lado de los dos sacerdotes. A los dieciseis ladrones los dejaron hasta morir -a los sacerdotes, como siempre, los bajaron medio muertos para destriparlos inmediatamente y cortarlos en cuatro. Sigue la relación de Luisa:

Sus cabezas fueron puestas en la puente, con las de otros mártires; pero sus cuerpos, sepultados debajo de los diez y seis ladrones...

Fueron sacados de allí, y una noche vino a pedirme licencia un padre benito para traerlos a mi casa. Proveí de un coche inglés, y así trujeron al padre Roberts, menos una pierna que se les cayó, y los guardas tras los que los sacaron, y medio cuerpo del otro santo. Yo me tuve por dichosa con tales huéspedes, y de poderlos servir en tanta necesidad; que no se hallaba un solo rincón seguro ni aun medianamente en que ponerlos. Para aderezarlos, pusieron en el suelo un brazo con su medio pecho y espalda, y motivo de oración, ver aquellas armas tan frágiles con que pelearon tan sin fragilidad, animosamente. Volaron al cielo, aumentando allí los intercesores, e hicieron dichosa mi casa con tan ricos despojos.

El beneditino que pidió la ayuda de Luisa fue William Scott, en religión fray Mauro de Sahagún, que debía su conversión al catolicismo a Juan Roberts y había entrado en la orden en el monasterio de Sahagún. Fray Mauro cayó preso de 1612, y junto con otro sacerdote, Ricardo Newport, secular, fue martirizado el 9 de junio de ese año (30 de mayo O.S). Luisa organizó el rescate de los dos cadáveres, y puso sus cuerpos, como antes los de Juan Roberts y Tomás Somers, en ataúdes de plomo en su casa. Hizo lo mismo en diciembre del mismo año con el cuerpo de San Juan Almond.

Al parecer, del rescate de los cuerpos no se enteró el máximo responsable de la ejecución de las leyes eclesiásticas y político-eclesiásticas, George Abbot, un clérigo protestante con una carrera meteórica -obispo de Lichfield en 1609, de Londres en 1610 y de Canterbury en 1611. Pero sí se enteró de la visita de Luisa a los padres Roberts y Somers el día en que fueron sentenciados a muerte. La llamó a su presencia en su palacio londinense, Lambeth Palace. Ella estaba dispuesta a desatender la orden, pero el embajador Alonso de Velasco insistió en que la obedeciera. Luisa no dejó escrito detalles del encuentro. Desde luego el haber visitado a presos en Newgate no era un delito, y tampoco lo era haberse prostrado y haberles besado los pies cuando los padres volvieron después de ser sentenciados a muerte. Ni prohibía la ley que una extranjera fuese católica. Abbot no lo sabía entonces, y no lo supo, aparentemente, hasta el año siguiente que con cuatro inglesas había formado una verdadera comunidad religiosa con el nombre de 'Compañía de la Soberana Virgen María, nuestra Señora', y que la casa de Spitalsfield era, efectivamente, un convento -y esto sí era un delito. Abbot no hizo más que amonestarle.

En agosto de 1613 llegó a Londres Diego de Sarmiento, Conde de Gondomar, a remplazar a Alonso de Velasco como embajador. A mediados de septiembre llegaron ejemplares de la obra del padre Francisco Suárez *Defensio fidei catholicae et Apostolicae*, que atacaba no sólo el juramento de fidelidad sino también la doctrina favorita de Jacobo I, que el derecho de los reyes es divino. El 1 de diciembre se quemarían estos ejemplares en un gran acto

público- entretanto a mediados de este mes de septiembre Abbot dió orden de prender a Luisa 'donde quiera que la hallasen, fuera de la Embajada Española'. Gondomar le rogó a Luisa que se refugiara en la embajada. Ella insistió en quedarse en Spitalfields. Al no encontrarla en la calle, al no haber logrado los alguaciles del Arzobispo entrar apaciblemente en la casa de Spitalfields, Abbot pidió al Rey permiso de utilizar la fuerza pública. El 18 de octubre unos 60 alabarderos y otros soldados a caballo, seguidos de mucha gente, rodeaban la casa antes de amanecer. El mando lo llevaba el Sheriff de Londres. Le acompañaba el Recorder (el juez del Tribunal de Londres) los alabarderos saltaron con escalas los altos muros, destrozaron las puertas y entraron en los aposentos de las 5 señoras, Luisa y cuatro inglesas. Encontraron en la casa dos hombres, el criado de Luisa y un desconocido.

Al oír el ruido corrió el embajador de Flandes que vivía cerca, a ver lo que pasaba. Reconoció inmediatamente a desconocido -era un jesuita que tenía una cita para confesar a una señora inglesa. Con gran presencia de ánimo el Embajador le gritó: 'he mandado yo que no esté aquí ninguno de mis criados ¿Qué hacéis vos aquí? salíos luego fuera'.

Poco después llegó Gondomar. Los dos embajadores trataron de persuadir al juez y al Sheriff de que les entregaran a Luisa bajo promesa de entregarla donde el Rey o el Consejo del Reino ordenase. El Juez les mostró la orden firmada por el Rey, y las llevó a la cárcel, donde una de las jóvenes murió al día siguiente, según el médico del susto que había llevado.

Gondomar envió a su secretario con una carta al Rey que estaba en Royston, a 50 kms. Londres. Jacobo ya tenía noticia de que Luisa estaba presa, y de las acusaciones contra ella -el haber visitado en la cárcel de Newgate a dos "traidores" en vísperas de ser ajusticiados, y haber cenado con ellos, que instruí a varias doncellas y las confirmaba en la religión de Roma y que trataba de sujetarles a ciertas reglas como se hace en los monasterios de monjas. El Rey informó al secretario de que había dado orden al Consejo de entregar a Luisa al Embajador siempre que la enviara fuera del reino.

Efectivamente, el 31 de octubre el consejo le informó a Gondomar de que le entregarían a Luisa si él daba su palabra de enviarla fuera del país dentro de ocho días. El se negó a permitir que Luisa fuera desterrada sin culpa: estaba dispuesto, dijo al secretario del Consejo, a dar su palabra de irse con ella ese mismo día, aun dentro de una hora si al Consejo le pareciese.

Esta amenaza de romper las relaciones entre los dos países fue eficaz. Esa misma tarde le entregaron a Luisa rogándole que le enviara fuera del país 'con la comodidad que (al Embajador) le pareciese, si bien le pedían mucho la brevedad que pudiese'*

* *Documentos inéditos*, Colección D. de Alba III, Gondomar a Felipe IV, 16 noviembre 1613.

Luisa había estado gravemente enferma poco antes de su estancia en la cárcel. En la última carta que tenemos de ella -una dirigida al Duque de Lerma con fecha 20 de noviembre (1613), dice que tiene un dolor en la espalda, tan fuerte que apenas puede escribir. Dos médicos que la atendieron no pudieron curarla. Vinieron a visitarla muchas personas administróle el sacramento de los enfermos un capellán de la embajada. Hacia fines de diciembre vino a verla el Padre Miguel Walpole. Este hombre infatigable había caído preso en 1606. Había salido de Inglaterra con Don Pedro de Zúñiga que había conseguido su libertad, y había vuelto a la misión de Inglaterra. Y ¿quién más idóneo para guiar a Doña Luisa en su último viaje que el que le había guiado en su peregrinación a Inglaterra?

Luisa murió el 2 de enero de 1614, su cuadrigésimo octavo cumpleaños.

Su vida es un tema para un libro más que para una conferencia. No he dicho nada de muchos aspectos de su vida en Valladolid o en Londres, ni de su poesía. Terminaré sólo con unas liras de ella que sintetizan bien su vida heroica:

De Doña Luisa de Carvajal y Mendoza

¡O venturoso día,
 en que la nueva esposa del Amado,
 con obras de valía
 claramente ha mostrado,
 que el corazón de amor tiene abrasado!

Entrego venturoso,
 pues que de hoy más en Dios se ha transformado,
 viviendo en el Esposo
 un ser tan levantado,
 que el corazón de amor tiene abrasado!

Gozosa y dulce muerte,
 pues con morir a todo lo criado,
 os ha cabido en suerte
 un Dios enamorado,
 que el corazón de amor tiene abrasado!